

RAROS ENCUENTROS

libro 1

LIBRO DE DION



MERCEDES NOBLE
JORGE PEREZ PERRI

Capítulo 1

Dion



Se enteró antes que nadie. Supo que el lugar iba a ser arrasado.

Nadie imaginaba lo espantoso por venir, aún a pesar de los sacudones que habían hecho temblar la zona con registros de 7 grados. Aún antes de que los sensores de las estaciones sismológicas registraran un movimiento de 9,2 grados en las placas submarinas. Aún antes... de que se anunciara que el tsunami llegaría a la costa de Japón.

Dion se enteró antes que nadie y lo primero que hizo fue poner su familia a salvo.

Mediodía del 11 de marzo de 2011. Dion Belfeld trabajaba en el Horus - su barco equipado para la investigación de la vida marina-, amarrado en un pequeño club náutico en la costa de Honshu. Enterado de lo que iba a ocurrir, no desperdició ni un segundo : aseguró las amarras del Horus y rápidamente corrió hacia su automóvil mientras sujetaba firme aquella pequeña vasija que siempre llevaba colgada de su cuello. Camino a su casa, pasó por la escuela y

tras una corta discusión con el rector del establecimiento, se llevó a su hijo Shoun. Se fue manejando a velocidad excesiva, mucho más de la permitida, en tanto Shoun -con el cinturón colocado en el asiento de atrás- no hizo preguntas. Dion detuvo el Honda y sin detener el motor entró a su vivienda. Lana ya lo esperaba lista para partir con angustia en los ojos y un pequeño bolso de mano, pues había recibido el breve mensaje de su esposo en su celular. Ni Lana ni Shoun cuestionaron la situación. Dion arrancó el Honda hacia la estación ferroviaria de Sakamoto mirando el camino... pero con un ojo puesto en el espejo retrovisor para memorizar los rostros amados.

La vida en la prefectura de Miyagi transcurría con la calma y el orden habitual de la vida japonesa. Nadie se había enterado del peligro.

Estación de trenes de Sakamoto. Una parada apacible, pequeña, rodeada de vegetación, a metros de la costa. El tren llegó puntual a los once minutos pasados de la una de la tarde. Dion dijo adiós a su familia sin demoras en una despedida, quizás definitiva. Un abrazo fuerte, un beso a cada uno y un hasta muy pronto. Lana y Shoun subieron al tren que partió llevándolos hacia tierras más altas, a lugares seguros.

Dion regresó manejando por las rutas estrechas de Miyagi en las afueras de Sendai. Por primera vez traspasó semáforos en rojo, y no sintió culpa al cometer varias infracciones de tránsito. Manejó a máxima velocidad rumbo a la costa.

El automóvil se estremeció durante un segundo. Un fuerte movimiento de la tierra sacudió el Honda, pero Dion no frenó. Experimentado en maniobrar durante movimientos telúricos, presionó el acelerador. El movimiento de la tierra fue algo más fuerte que los acostumbrados sismos de 3 grados promedio en la zona. A los pocos minutos el locutor de la radio comenzó a divulgar la noticia de un sismo de magnitud 9 en el mar, a más de 100 km de la costa. El terror comenzó a materializarse. Lo que todos sabían que podría ocurrir, iba a ocurrir. Un gigantesco tsunami llegaría a las costas en poco tiempo.

El desorden y el caos que produjo una ola de gente, automóviles, y todo tipo de rodados, anticiparon la ola gigante del maremoto. Los kilómetros que

separaban a Dion de su barco Horus, fue una distancia imposible de transitar, a contramano de todos. Cientos de autos coparon la ruta desplazándose por las dos manos. Dion tuvo que desviarse a la banquina varias veces, pero un camión que iba descontrolado hizo inútil la maniobra desesperada e instintiva para poder esquivar el encontronazo. El Honda tumbó y rodó más de veinte metros hacia abajo en vueltas imposibles de contar. La probada seguridad del vehículo mantuvo intacto a Dion Belfeld. Al concluir la caída el auto no era más que un montón de hierros retorcidos. El airbag protegió al conductor. Sin perder la calma, y sin un solo rasguño, Dion se incorporó. Antes de comenzar a correr hacia el Horus, verificó que en su cuello aún colgaba la vasija. Entonces Dion corrió a toda velocidad hacia el náutico.

Vio a los pobladores desorientados, y vio otros que continuaban con su vida ordinaria. Quizás no enterados de lo que estaba por suceder, o simplemente no reaccionando ante el fuerte sonido de las alarmas. Dion no tuvo tiempo para detenerse y explicarles. Aquellos habitantes, viejos ya del gran Sendai, conocían los coletazos de la tierra, y no temían. Habían visto maremotos, y ninguna ola jamás alcanzó sus viviendas. Pero Dion sabía que esta vez superaría todos los registros.

Corrió por las marinas haciendo equilibrio mientras el pasillo se sacudía de un lado a otro, como tratando de expulsarlo hacia el mar. Llegó al Horus, que se balanceaba sobre un mar convulsionado. De un salto por la popa subió a cubierta. En la cabina buscó los primeros auxilios, una botella con agua, algo de alimento compacto y otros elementos que consideró necesarios en caso de naufragio. Colocó todo en una mochila y la sujetó a su espalda.

Liberó las amarras y puso proa hacia el este. El barco, de dimensiones robustas, era un verdadero laboratorio de investigación, equipado con alta tecnología capaz de estudiar la vida marina, y sobre todo, llegar a lugares poco frecuentes. Dion Belfeld trabajaba como free lance para varias publicaciones, entre ellas Nat Geo, vendiendo documentales fílmicos y fotografía de la más variada especie marina. Lo que destacaba al investigador y documentalista Belfeld eran sus estudios sobre fosas naturales, cuevas sorprendentes en donde

vivían extrañas razas de aves y animales jamás vistos antes, conviviendo en ambientes sólo imaginados por autores de fantasía y ciencia ficción. Cuevas y lugares como si fueran de otro planeta, ubicados donde nadie hubiera imaginado: centenares de metros debajo de la superficie del mar. Los documentales de Belfeld se vieron en todo el mundo. Dion fue varias veces galardonado con premios internacionales. Su obra era tan sorprendente y enigmática como su propia persona. Nunca había acudido a una ceremonia para recibir un premio, como tampoco había aceptado entrevista alguna. El nombre de Dion Belfeld se hizo mito, pues muchos comenzaron a dudar de su existencia. Se decía que era un invento de un equipo que deseaba permanecer en el anonimato. Se decía que todo era un fraude, que los documentales eran un *faque* sólo para impresionar y atrapar a la audiencia. Dion nunca había aparecido en cámara y en las filmaciones sólo se escuchaba su voz en off. Tampoco sabían del lugar donde vivía. Por eso, el Horus semejaba a un viejo remolque por fuera, ocultando su verdadera esencia.

Mediante un arnés que él mismo había diseñado, sujetó su cuerpo con dos tirantes flexibles hacia una doble estructura de caños contruidos con materiales de extrema dureza y capaz de flotar. Dion utilizaba esta forma de sujeción cuando debía trabajar en mares enfurecidos y con vientos cercanos a los cien kilómetros por hora.

Con los motores a toda potencia, el Horus enfrentó al horizonte marino, como un jinete solitario galopando hacia las filas de un ejército enemigo cubriendo todo el frente.

Dion se aferró al milagro de poder cruzar la línea de la ola gigantesca que se acercaba a una velocidad de casi trescientos kilómetros por hora. Llevó la potencia al límite, aún sabiendo que el motor se iba a fundir, pero era la única esperanza. Creyó que iba poder superar el tsunami, o atravesar la ola por debajo, como un surfista traspasando la onda marina. Pero en sólo un segundo, su optimismo tan mínimo como efímero, se enfrentó al más pesado y contundente pesimismo.

Dion vio emerger una pared que oscureció todo el cielo, cubriendo todo el ancho del horizonte. Una pared de agua que avanzaba a una velocidad

escalofriante. Un murallón de muerte de más de cuarenta metros de altura lo iba a arrasar en un instante.

Todo lo que hizo Dion fue sujetarse al arnés con fuerza y también presionar su collar...y en un instante, la nada. El Horus se inclinó hacia arriba en forma vertical, mientras su proa se sumergía en la ola. Un instantáneo crack, y el barco se partió en dos. Sus partes comenzaron a girar sin sentido debajo del agua...y sobre el agua. El tsunami pareció jugar con las partes del Horus, hasta que su fuerza lo convirtió en pedazos de hierro, madera y fibra de vidrio.

La ola arrastró cuanta embarcación encontró en el camino, y al llegar a la costa, todo se convirtió en espanto. La velocidad del tsunami disminuyó, pero la masa de agua no se detuvo. Todo a su paso fue arrasado. Primero fueron los muelles, las construcciones costeras, la costa desapareció. El agua arrastró viviendas, automóviles, embarcaciones, y entre los restos llevó la vida de hombres, mujeres, niños, animales. Gritos ahogados, desesperados, aullidos, gritos gritos y más gritos. Todo ese sonido de horror fue taponado por un ruido ensordecedor jamás oído antes en la región: el estruendo de agua, barro, hierro y escombros en un caos de destrucción que desmoronaba todo a su paso.

Un tren que marchaba sobre el mismo ramal que una hora antes había salvado la vida de Lana y Shoun, fue arrollado por el agua y desapareció de la vista en un instante. Todo el terraplén de las vías fue destruido.

Una carretera atascada por miles de autos quedó sepultada bajo esa masa negra de muerte en menos de treinta segundos. El nivel del agua aumentaba. Muchos salvaron su vida trepando lomadas y árboles que aún resistían.

El mar avanzaba sobre la vida. Un mar enfurecido, demoníaco, hambriento e insaciable. Un mar vengativo, impartiendo justicia a su manera. Un mar que por años fue amigo, fue anfitrión, fue compañero, fue paz, belleza, musa de artistas y poetas, fue proveedor de alimento, de riquezas. Un mar que fue permisivo con

aquellos que se aprovecharon de él y de la vida que protegía en su interior, aceptando sin quejas que balleneros, pescadores y asesinos sin escrúpulos se enriquecieran a costa suya. Un mar que un día de marzo de 2011 dijo basta y se vengó de pecadores y justos, impartiendo castigos a quien lo merecía y a quien no.

La naturaleza siempre es imparcial, siempre es dura...

Capítulo 2

La isla del horror



Después de un tiempo imposible de medir, abrió lenta...suavemente los ojos. El sol finalmente traspasó sus párpados, y fue lo primero que vio. El dolor que sintió fue tal que los cerró y -por instinto- reaccionó tapándose la cara con las manos. Fue entonces que cobró consciencia de un dolor intenso que embargaba todo su cuerpo... se sentía oxidado, como si no hubiera movido ni un solo músculo en mucho tiempo. Se quedó quieto, respirando profundamente durante algunos minutos hasta que volvió a abrir los ojos, levantó despacio sus manos... tan despacio -como pudo- como tratando de espiar qué había ahí detrás. Dion Belfeld vio que todo estaba al revés, pues el cielo estaba abajo.

Tardó unos instantes en darse cuenta que su cuerpo estaba cabeza abajo, casi totalmente. Un mareo muy pesado lo dominaba, no sabía si eso era estar vivo, pero sabía que lo estaba. Estar muerto no era una posibilidad, no por ahora. Intentó ponerse de pie y enderezarse, pero algo lo contuvo: lo sujetaba el arnés que seguía adherido a una de las barras que continuaba fijada al barco. O mejor dicho... a lo poco y nada que quedaba del Horus. El resto... había desaparecido.

Con movimientos torpes logró desabrocharse del arnés y trató de caer suavemente, cosa que no resultó. Su cabeza dio contra un hierro y las piernas le hicieron perder el equilibrio dando una vuelta entera sobre sí mismo bastante desparrada. Tal como cayó, se quedó... tirado un rato, respirando despacio, tratando de inspirar más hondo y de enderezarse lentamente.

Levantó la cabeza apenas y a medida que se incorporaba, comenzó a visualizar un poco más allá... Lo que vio, no lo había visto jamás, y eso que Dion vio muchas cosas. Todo lo que lo rodeaba era el caos propiamente dicho, restos de lo que sea, restos de todo.

La primera sensación fue la de estar en un gran basural, o en un centro de reciclado, cuya superficie llegaba hasta donde su vista alcanzaba. Lo rodeaban plásticos, baldes, juguetes de niños, televisores, botellas, una manguera, una pared de durlock, harapos, latas, envases.... Más allá restos de construcciones de madera. Le pareció ver un automóvil o lo que quedaba, un enorme tanque más lejos.

Una superficie de desperdicios, los restos de todo. Un gran basural que espera la quema, pero esto era mucho más que eso: era el cementerio de una ciudad.

Entonces llegaron los recuerdos. Como un libro que va desempolvándose y a medida que se sopla el polvo de sus páginas puede leerse lo que dice, fue así como Dion lo recordó.



Manejaba su Honda a toda velocidad para llegar a la estación, para que su mujer y su hijo pudieran subir a ese último tren hacia la salvación. El último tren que se detendría en esa estación, antes que toda esa estructura desapareciera.

Recordó estar manejando en forma descontrolada hacia el puerto donde amarraba al Horus. El accidente, las vueltas del auto y el salir corriendo. Se recordó pasando a través de un campo, dando pasos cada vez más rápidos hasta llegar a su barco y salir

a toda máquina para enfrentar al tsunami. Volvió a ver esa pared de dimensiones gigantescas de aguas negras cayendo sobre su barco, quebrándolo en dos, y una parte del casco reventando sobre su cabeza.

Después, la nada. Los recuerdos terminaban allí.



Torpemente -aún en estado de somnolencia- logró incorporarse y se liberó del arnés. Luego desmontó la mochila de su espalda, y lo primero que hizo fue tomar agua de la botella. Estaba deshidratado, y rápidamente bebió todo su contenido.

Un olor -tan intenso como repugnante- lo asqueó produciéndole arcadas. Algo orgánico estaba muy descompuesto. Quiso vomitar, pero no pudo... ya que nada de alimento quedaba adentro de su cuerpo. Fue cuando vio los huesos. Estaban a pocos pasos de lo que quedaba del casco del Horus. Eran los huesos de un brazo, todavía con los restos de una polera, pero desprendido del resto del cuerpo. No fue lo único que encontró. Eso lo espabiló por completo y pudo ver el horror. Restos humanos descompuestos por el calor, partes desgarradas, carne y huesos. Vio un cuerpo sin cabeza, un cráneo gritando ayuda en silencio. Se le presentó el mismo horror que había visto muchas veces antes, en guerras, en catástrofes...

Y él seguía vivo. Comprender eso hizo que manoteara su cuello.

—¡La vasija! —gritó al darse cuenta que el collar había desaparecido. Respiró pausado tratando de normalizarse. Ya había pasado por esa sensación antes, esa vivencia traumática de volver de la muerte. Ahora estaba vivo y lo estaría hasta dentro de cuarenta años. Una vez más las semillas mantuvieron sus células vivas, regenerando todo su cuerpo.

Se apoyó haciendo fuerza contra lo que parecía ser una mesa, o el resto de una. Dion aún no se sentía lo suficientemente fuerte. Continuó observando ese cementerio de horror, mirando tan lejos como pudo, para encontrar vida, sea humana o de otro animal, pero nada vivo divisó en ese basural.

Sus células regularizaron sus funciones al cabo de una hora y el documentalista de Nat Geo recuperó por completo sus sentidos. Fue cuando percibió la sal flotando y olfateó aquel aire inconfundible: olió el mar.

La gran masa de basura era una isla flotando en el medio de un mar calmo, azul y tranquilo. No había ni siquiera una estela en el océano, ni una gota de viento. La amalgama de basura, escombros, automóviles, algunos techos, artefactos, cuerpos humanos descompuestos, carnes putrefactas y tendones aún pegados a los huesos, todo aquello constituía una isla de horror flotando en el océano. Una isla artificial donde sus componentes heterogéneos se unían como un rompecabezas de horror y putrefacción. Dion repitió la sensación de vomitar, pero sólo fue una arcada que lo obligó a inclinar su cuerpo.

Dion, que había escogido el apellido Belfeld, comenzó así una vida de Robinson Crusoe en una isla donde en lugar de arena había botellas, en lugar de árboles, antenas, en lugar de vegetación, ruinas. La isla, como una jangada de muerte, se movía a placer de las mareas y corrientes.

Debía encontrar alimento, por lo tanto, comenzó a caminar entre la basura y la peste. La primera meta era encontrar agua dulce. La sed no llegaría a matarlo, pero lo dejaría inconsciente. Necesitaba beber. Hurgó dentro de unos cajones para felizmente encontrar botellas aun cerradas. Destapó una y bebió agua, haciéndolo lentamente esta vez. Sintió el líquido volver a recorrer su cuerpo... Fue juntando todas las botellas y latas que encontraba conteniendo agua, jugos, gaseosas. Lo importante era estar hidratado.

También comenzaba a tener hambre y buscó algo que le sirviera para pescar. No encontró una cuerda de nylon, pero logró armar una tanza con un cable y para el anzuelo le sirvió una aguja a la que logró encorvar. Como carnada preparó restos de unas galletas que los mezcló con una carne maloliente. Ya tenía algo para atrapar un pez... así que decidió subir a una plataforma que le sirviera para lanzar la línea y acomodarse más seguro. Trepó por el techo de una casa, que aún se conservaba intacto. Solo el techo, la casa ya no existía. Mientras llegaba a la cima, pisó mal, resbaló y cayó rodando unos metros, tapado entre escombros y plástico. Su cabeza

dio contra algo duro y el dolor fue grande. Fue cuando se encontró con un nido de ratas.

Las ratas habían sobrevivido. Estaban tan hambrientas como él, casi moribundas. Se lanzaron hacia Dion tratando de morder carne. Él reaccionó a tiempo y las ahuyentó con su brazo. Una rata de gran tamaño clavó sus dientes en un tobillo y Dion gritó de dolor. En la desesperación, agitó su pierna, pero la rata estaba prendida. Fue peor, ya que una segunda rata más excitada comenzó a morder su pierna. La sangre comenzó a fluir y a salpicar todo. Agarró lo primero que encontró: un caño de PVC de una cañería destrozada, y golpeó con furor sobre su pierna, varias veces mientras seguía gritando. El dolor le era insoportable y comenzaba a desvanecerse. Una de las ratas murió por un golpe y la otra escapó. Dion comenzó a trepar saliendo de esa cueva y - en la desesperación - se sujetó a vidrios y maderas astilladas que lo lastimaron todavía más. Alcanzó la superficie y se recostó contra el techo del cual había caído. Miró su tobillo y pierna. Sonrió, pues vio cómo la carne se recomponía y cerraban sus heridas. En pocos minutos curó completamente, sin un rasguño ni cicatriz. Cerró los ojos y respiró hondo. Supo entonces que él no era el único ser vivo en esa isla de horror.

Sobre aquel techo -lo único que quedaba de una gran vivienda- Dion observó el entorno. La isla de basura comprendía un área que llegaba hasta el horizonte. Dos o tres hectáreas, calculó el documentalista. Alguna vez se había cruzado con una isla de esa naturaleza de plástico, goma y desperdicios, pero nunca antes con una de estas características. Una isla formada con los restos de alguna ciudad japonesa arrasada por el tsunami. Se preguntó si los restos de su casa del sur de Sendai formarían parte de esa isla. Todo aquello flotaba formando extrañas figuras delineadas por la voluntad caprichosa de agua y viento. Nada era firme en aquella superficie. Un paso en falso y caigo al mar, pensó Dion.

Lentamente se puso de pie y comenzó a gritar tan fuerte como pudo. Un alarido que eclipsó el murmullo de viento y mar. Un grito de ayuda, desesperado, pero un grito de desahogo. Nadie respondió. Dion esperaba escuchar al menos un ladrido de un pobre perro atrapado. Pero nada respondió. Simplemente volvió a oír el mar chocando contra el plástico y el viento a su espalda, zumbando. Alcanzó ver, a tan

solo un centenar de metros, más escombros flotando formando otra isla artificial. Y un poco más allá, otra.

Entonces comprendió que se hallaba en un archipiélago de basura, navegando en el Pacífico, lejos de todo, hacia ningún lugar.

Capítulo 3

Recordando Kythnos



En aquella isla de basura -formando parte de un archipiélago compuesto por los restos de un Japón mutilado por un tsunami varios días atrás-, Dion Belfeld comenzó a aplicar el ingenio como pudo, para sobrevivir. Rodeado de cadáveres, el olor comenzaba a ser nauseabundo, intolerable. Pero no era la primera vez que se enfrentaba a una situación semejante. Dion ya había experimentado “el sobrevivir” en un ambiente donde la vida había desaparecido por completo.

Fue en un campo donde lo único que había... eran moscas y aves carroñeras buscando desgarrar cuerpos mutilados. El campo de sangre donde –tras 14 días de encarnizada batalla-, no hubo vencedores ni vencidos...pues ninguno había logrado salir vivo. Ninguno... salvo él, y miles de cadáveres de humanos y caballos. Aquel campo se convirtió en desierto, a más de cien kilómetros de la civilización más cercana. Comenzó a buscar agua y comida, teniendo que luchar con su espada contra buitres que, desesperados de hambre, lo atacaban permanentemente para comérselo

vivo. Caminó durante un día entero mientras los cadáveres entorpecían su paso.... El sol quemó su piel, y su rostro era un entramado de grietas. Tan maltrecho estaba que sus células demoraron casi dos días en recomponer su salud.

Aquella vez logró salir de ese infierno, pero después de un prolongado sufrimiento.

Recordó otro escenario semejante. Ocurrió esa vez en un barco en medio de un océano, también lejos de todo. La tripulación completa había muerto por una extraña intoxicación que no pudieron curar. Dion fue el único sobreviviente.

Fue también en lo alto de una cordillera, cuando cayó por un desfiladero. Demoró años en poder salir. Fue también en tantas otras, donde Dion nunca se dio por vencido.

Ahora, esa isla de horror le presentaba un nuevo desafío.

Primero lo primero: alimentarse. Después se preocuparía por el resto. Con su mochila en la espalda, comenzó a recorrer la superficie de basura buscando un lugar donde asentarse. Debería estar cerca del mar, tener protección del sol y de ser posible aislarlo de las ratas, insectos y reptiles que seguramente habría por toda la zona.

No demoró mucho en encontrar un contenedor de la empresa Evergreen. Estaba sujeto entre hierros retorcidos en una posición realmente incómoda. El container estaba inclinado hacia arriba, a unos 45° y la entrada estaba en la parte superior. Dion pudo ver que una de las puertas estaba abierta. Trepó con cierta dificultad. Desde la parte de arriba, se agachó para asomarse y poder visualizar el interior. Tras un examen rápido determinó que era un buen lugar para quedarse. Debería limpiar el interior de escombros y bastante basura, pero el lugar era apropiado para pasar los días y noches por venir.

Regresó a los restos del Horus, el que fuera su barco-hogar largos años, y recogió lo que creyó necesario para la supervivencia, incluidas varias botellas de policarbonato muy resistente con reservas de agua potable. Poco a poco fue acomodando el container, limpiándolo, construyendo en forma precaria una escalera y nivelando el interior para poder reposar y descansar en forma horizontal.

El anochecer lo encontró manipulando los restos de una antena. Con un hilo de nylon armó el cordel, con la ayuda de su cortaplumas suizo y un metal blando armó

un anzuelo, entonces el aluminio de la antena se convirtió en una práctica caña de pescar.

En un momento Dion levantó la cabeza, miró el mar y por primera vez en aquel primer día de una nueva vida, el hombre milenario llenó sus pulmones y exhaló el aire. Lo hizo muy despacio, relajándose, dejándose llevar por el momento mágico del crepúsculo, con esa singular fotografía del sol desapareciendo en el mar, con sus últimos rayos desvaneciéndose en el horizonte. Una foto que había visto millones de veces, pero que le recordaba que siempre hay un final, que siempre hay una despedida y un hasta mañana si Dios quiere.

El sol poniéndose sobre el mar Mediterráneo fue el primer crepúsculo que recordó haber visto en su vida, siglos y siglos en el tiempo, allá en su Grecia natal.



El mar Egeo, con ese azul inconfundible, con las islas decorando ese paisaje paradisíaco, con la isla de Kythnos, pero sobre todo con su familia, que fue donde de niño Kassos aprendió los valores de la naturaleza. Esos valores inalterables y nobles que le sirvieron para los siglos por vivir. Kassos fue el cuarto hijo de una familia de siete hermanos, todos varones. La niña nunca nació a pesar de los deseos de sus padres, Cosmo y Dyna. Pero la niña llegó, la hermosa Selenia, siendo el más preciado regalo que recibiera la familia por parte de la hermana de Dyna, y que la familia adoptó como la octava maravilla del mundo.

Su padre, hombre de mar, corpulento, curtido de sol y sal, enseñó a sus hijos la profesión del mar: la pesca, la navegación, el secreto de las embarcaciones. Cosmo era una personalidad de referencia en Merihas, el puerto más relevante de la isla. Allí él era el primero entre los navegantes, guiando el comercio con la cercana Atenas y el puerto de El Pireo.

Cosmo era también el pescador que más conocía los secretos de la vida marina y presidía el Consejo de Pesca de Merihas. Fue también maestro en escuelas de la isla y sobre todo se especializó en la ingeniería de la construcción naval. Cosmo enseñó a sus hijos cómo diseñar un barco, qué madera elegir, cuál brea colocar, cómo seleccionar el hierro de los clavos, y a confeccionar herramientas. También les enseñó a observar las estrellas y saber leer el mapa estelar. Creó un astillero que fue apoyado por el gobierno de la ciudad de Kythnos, la capital de la isla homónima. Los siete hermanos comenzaron a trabajar en el astillero, pero Kassos (hoy Dion...) fue el que puso el mayor interés en el asunto.

Tanto fue así que apenas se levantaba, con diez años cumplidos, corría hacia el astillero y ayudaba a todos y hasta daba indicaciones. A los doce diseñó un barco que construyó con sus propias manos... y fue una fiesta en Merihas cuando el barco fue bautizado. Todo el pueblo estuvo presente esa mañana, hasta el propio gobernante de la polis de Kythnos y su ejército. La fiesta fue un hito en la isla, pues un varón de quince años llamado Kassos hijo de Cosmo, fue el constructor naval más joven del que había registro. Kassos brillaba con luz propia y todas las niñas estaban enamoradas hasta de su sombra, pero en todo aquel día -silenciosamente- el joven organizó su partida. En el final de la fiesta, Kassos brindó y agradeció a todos. Especialmente a su padre, que lo saludó entre llantos. Al atardecer de aquel magnífico día, subió al barco con una tripulación de cinco hombres y partió rumbo al oeste. Desde la costa, el pueblo y su familia lo despidió mirando esa foto del crepúsculo, con el sol desapareciendo en el mar, con la nave y las velas desplegadas, navegando hacia el infinito, observando el desvanecimiento de ese barco que el mismo Kassos llamó Horus.

Kassos volvió a la isla treinta y cinco años después.

Capítulo 4

Tiempo de pensar



Mientras recordaba sus días en el mar Egeo quedó completamente dormido, sentado con los brazos apoyados en su falda. Dion tenía muy poca energía, y debía cuidarla como un convaleciente después de una compleja cirugía de horas en el quirófano. Había forzado su salud al límite después del proceso de recuperación de aquella mañana.

Unas horas después, el relaje muscular lo tumbó y despertó con un golpe en su cabeza. La noche era total y el frío comenzaba a doler. Con cuidado, trepó hasta la abertura del container y se deslizó en su interior. No era cosa fácil descender por esa superficie inclinada. Dion había acomodado todo para dormir en forma horizontal y permanecer abrigado.

La primera noche fue sólo silencio. Apenas podía escuchar el murmullo del mar golpeando los escombros. Aquel susurro fue como una canción de cuna para Dion Belfeld y volvió a dormir profundamente.

Cuando despertó, trepó hasta la abertura del container. Estaba anocheciendo. Observó el crepúsculo mientras pensaba si había dormido todo un día o mucho más de veinticuatro horas. Esa noche la luna fue su compañera y ayuda. Iluminaba radiante cada rincón por donde caminaba. No era una caminata normal, pues luego de dar dos pasos seguidos debía trepar, saltar y arrastrarse entre restos de lo que sea.

Siendo Kassos -en sus primeros años de juventud cuando era solo el griego navegante- había visto mucha sangre, miseria, muerte. Los siglos lo convirtieron en un hombre impermeable, acostumbrado a toda clase de horrores y amigo con la soledad. No hubiera podido ser Centinela durante tantos siglos si no soportara la soledad y aceptara el horror.

Los restos de su ciudad barrida por el tsunami lo mantuvieron a flote y a salvo. Le causó gracia que tanta muerte le brindara una mano para ayudarlo a sobrevivir. Allí, flotando en el medio del océano sin un rumbo fijo, su ciudad lo proveía de abrigo, protección, calor, alimento y agua. Encontró ropa, aun colgada en sus perchas. Encontró restos de una alacena con innumerables latas de conserva, cientos de botellas de agua, gaseosas dentro de sus máquinas expendedoras, golosinas, cervezas, y hasta tabaco. Durante tres días Dion juntó todo lo que necesitaba para vivir al menos cuatro meses. La enorme caja verde de Evergreen se transformó en su vivienda-container. En su interior organizó todo en plataformas donde ubicó estantes, una cocina conectada a una garrafa, hasta logró hacer funcionar un generador que lo proveía de electricidad. Hubo espacio para una biblioteca con libros que iba encontrando y que leía durante aquellos días y noches. Todo dentro de un contenedor bastante inclinado para estar cómodo, pero que le brindaba calor y seguridad.

Fue en una noche particularmente fría. El viento helado barría los trapos,

restos de techos, plásticos. Todo aquello que carecía de firmeza comenzaba a volar por el viento que alcanzaba los 80 km por hora. Un viento enemigo de la vida. Las nubes iban apareciendo allá lejos en el horizonte oriental, trayendo tormenta y electricidad. Esa noche las estrellas brillaban con su máxima potencia, pues no había luna y el firmamento era un salpicado fantástico de luces estelares. Pero Dion no se detuvo ni un instante para admirar aquello, pues el frío lo congelaba. Ingresó al Evergreen, cerró firmemente el container, se abrigó con varias capas de ropa y se acostó. Sólo se escuchaba el zumbido del viento golpeando la estructura. El mar comenzó a temblar y la isla de basura comenzó a moverse. El container no se movió, pues estaba bien encajado entre los escombros. Dion sabía que si el viento aumentaba su fuerza y con ráfagas de más de 100 km/h, el piso podía ceder. Pero estaba seguro. Sabía que los contenedores fueron diseñados para flotar. Condición indispensable para impedir que la mercadería termine en el fondo del mar si el carguero naufragara. Si aquella isla de basura llegara a desintegrarse por un huracán, Dion volvería a ser el capitán pero de un barco con una forma de prisma rectangular color verde.

El viento no cesó, sino que aumentó su fuerza. Dentro de la enorme caja además del zumbido del viento, unos tremendos golpes comenzaron a retumbar desde uno de los laterales del container. Terribles golpes como si alguien ahí afuera estuviera golpeando la pared con una barra pesada. No eran golpes metódicos, simplemente ocurrían a intervalos desiguales. Primero fueron dos tremendos impactos, luego de casi dos minutos, otro más. Pasaron varios minutos más cuando Dion escuchó el siguiente, esta vez más fuerte que los anteriores. Tenía los ojos abiertos, pero nada podía ver. La oscuridad era total dentro del container. Luego de ese golpe Dion se atemorizó. Podía ser alguien golpeando ahí afuera en la tormenta, tratando de entrar. Recordó aquellos hombres gigantes que viera alguna vez en una isla de Indonesia. Dion decidió quedarse y sujetarse con ganchos y sogas al piso. De repente todo enloqueció. Un nuevo estruendo, un golpe terrible que hizo vibrar todo el interior, y de repente lo que podía llegar a suceder, sucedió. El piso de escombros cedió y el Evergreen se sacudió. Pensó que el golpe había quebrado el lateral. Un ruido interminable de cosas cayéndose, libros, estantes, botellas, utensilios. De todo lo

que había acomodado en esos días, nada quedó en su lugar. El container cambió de posición. Dion sintió que el piso se venía abajo. De hecho, fue exactamente lo que pasó. Luego de un minuto, el Evergreen detuvo su caída y quedó completamente horizontal. Afuera, el viento seguía soplando con fuerza, pero no hubo ningún otro golpe. Durante horas Dion permaneció sujeto con las sogas hasta que calmó el viento y todo fue silencio.

Se levantó tanteando y buscó una linterna. Las pocas baterías bastaron para iluminar. La estructura estaba increíblemente intacta. No había rastros de abolladuras, ni grietas. Verificó que el container estaba firme. Debía adaptar todo para comenzar a vivir en una posición normal. Pensó que después de semejante baile, algo bueno había resultado: todo se había nivelado.

Salió al exterior a la mañana siguiente. Verificó que el container estaba bien apoyado y en perfecto nivel. No vio fisuras ni desprendimientos en el terreno. Luego fue a verificar qué había producido semejantes golpes durante la tormenta. Se acercó despacio, como calculando la aparición de algo inesperado. Lo que vio lo sorprendió. No había una sola huella, ni una abolladura, ni algo que pudiera haber chocado contra el Evergreen. Recordó a todos aquellos que lo habían ayudado en su larga vida.

—Gracias Nereo —dijo mientras extendía sus brazos al mar—. Otra vez me has ayudado... Tanto te debo, viejo Dios de mi Egeo.



—Ven, Kassos, siéntate a mi lado.

El pequeño se acomodó junto de su padre, los dos mirando hacia el mar Egeo desde lo alto de una piedra en la isla de Kithnos. Cosmo, su padre, tenía entre sus manos un extraño disco metálico repleto de dibujos, líneas, agujas. Le

fascinó esa belleza metálica y ver al padre maniobrar ese dispositivo.

—¿Qué es eso? —le preguntó mientras estiraba su mano para tocar ese aparato.

Cosmo detuvo el brazo de su hijo.

—No lo toques. Podría moverse un disco y debería comenzar otra vez. — El padre leyó una parte del plato metálico y luego miró a su hijo—. Son las 7 de la tarde, ya deberías estar en casa para cenar y dormir.

Kassos abrió bien grande sus ojos azules.

—¿Puedes saber la hora con ese aparato?

—Este aparato se llama astrolabio. Es un instrumento que he traído de otra isla y doy las gracias a quien lo haya inventado. Apuntando hacia aquella estrella —le dijo mientras señalaba al astro en el firmamento— podemos saber la hora. Pero no sólo la hora, sino que nos dirá en dónde nos encontramos, la latitud, y otros datos que nos serán de mucha utilidad en la navegación. Tómallo con cuidado.

Le entregó el aparato a Kassos. Al niño le pareció que el astrolabio pesaba como una gran piedra y lo observó con una mirada que brillaba mientras llegaba la noche.



“La primera computadora, hace más de dos mil años...” pensó Kassos, ahora llamado Dion. “Qué maravilla de instrumento...”. Se acomodó sobre un tanque que estaba tumbado. “Ahora no tengo ni un sextante conmigo, pero sí la brújula que llevo atada en mi mochila”. Observó el mar mirando el sol que subía trayendo algo de calor. Dion tenía frío a pesar de toda la ropa que llevaba puesta, pero aquellos rayos de la mañana lo abrigaron. Se tocó el mentón y se quedó un rato largo mirando hacia el horizonte.

—Llegó el tiempo de pensar... Ya estoy ubicado, ya estoy preparado para

afrontar por lo menos cuatro meses. Llegó el tiempo de pensar hacia dónde voy a ir...

Sus pensamientos comenzaron a tejer una serie de planes y de cómo extremar los cuidados.

Primero debía saber en qué posición se encontraba, saber longitud y latitud. Averiguar hacia dónde se dirigía la isla de basura, si es que estaba flotando a merced del viento o bien navegando sobre alguna corriente. Luego trazar un mapa. Conocía a la perfección las rutas marítimas del Pacífico. Su idea era interceptar una de esas rutas para poder ser rescatado por un buque mercante.

Los cuidados comenzarían después de ser rescatado. Dion no debía dar a conocer su condición de ser casi un inmortal, ni dar pistas sobre la labor de un Centinela, y mucho menos tener que hablar sobre los portales. Por eso mismo comenzó a planear que, una vez cerca de una ruta marítima, se desprendería de la isla de basura. Optó por la idea que lo encontraran como un navegante solitario y no que lo ubicaran en la isla como un sobreviviente del tsunami. Durante sus viajes, Dion había encontrado más de una vez a navegantes que tripulaban en soledad pequeñas embarcaciones durante meses en alta mar. No sería de extrañar que él fuera uno más de esos aventureros románticos de la soledad y la sal.

Pasó esa mañana sentado en aquel tanque observando el movimiento del mar y estudiando cada metro cuadrado de la isla de basura. La tormenta había dejado huellas profundas. El oleaje y el viento agrietaron la superficie y la isla se iba separando en varios bloques. Caminar se haría cada vez más difícil, aumentando considerablemente el peligro de caer en el agua ante cada paso. Dion pensaba la manera de permanecer a flote.



Apenas el sol asomó en el horizonte, el niño Kassos se alejó por un sendero que nacía en el astillero y se perdía entre las rocas y el mar. Algunas horas más tarde, su padre siguió aquel mismo sendero. No tuvo que caminar demasiado para encontrar en el piso maderas y sogas desparramadas, algunos troncos destruidos y aserrín. Su hijo estaba ahí, sobre unas rocas al lado del mar, con un entusiasmo envidiable golpeando con un martillo los clavos sobre una madera.

—¡Kassos! ¿Qué estás haciendo acá?

El niño, de apenas unos 5 años recién cumplidos, giró su cabeza para mirar a su padre.

—¡Cosmo! —gritó el nombre de su padre—. Hola padre, disculpa que haya tomado prestado algunas cosas del astillero. Ya te las devolveré.

—Pero... —Cosmo se rascaba la cabeza—, ¿qué es todo esto? ¿Acaso quieres construir un barco?

—Te corrijo: una balsa. ¿Ves aquella isla ahí enfrente? —Kassos señaló una isla que se encontraba a pocas millas de distancia—. Bueno, ahí quiero llegar con mi balsa.

Cosmo examinó lo que había comenzado a construir su hijo. Revisó aquellos troncos, las cuerdas, los nudos, los clavos.

—Ante la primera ola que choque contra tu balsa, no va a quedar ni un tronco en su lugar —acarició la cabellera rubia del niño—. Ven, yo te enseñaré cómo se hace.

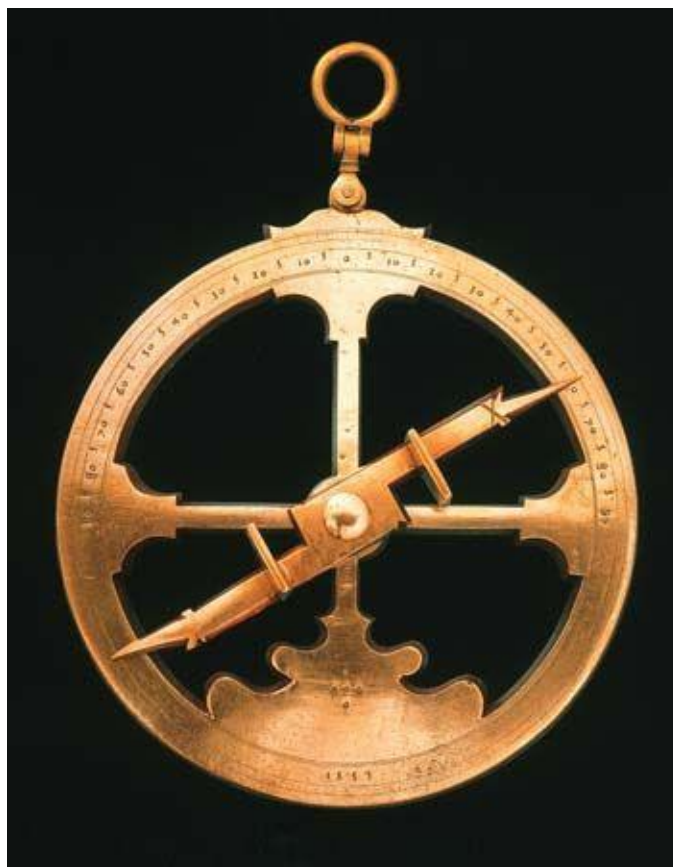


Dion revolvió con su mano los cabellos de su cabeza, algunos seguían rubios y otros muchos ya eran grises.

—Gracias padre una vez más. El niño ha crecido y aprendió tus lecciones. Es hora que el viejo Kassos comience a fabricar una nueva balsa.

Capítulo 5

Astrolabio



Aquella mañana sumó uno más. La cuenta llegó a siete. Se cumplía una semana desde que había revivido. Una semana de soledad, mar, vientos fríos, plásticos, olores nauseabundos a los que no podía acostumbrarse. Una semana de buscar incansablemente esa vasija que debía colgar de su cuello. Dion organizaba sus salidas diarias a través de las colinas de escombros y plástico para buscar la vasija de la que dependía su buena salud... Esas semillas que le permitían mantener su cuerpo en perfecto estado a través de los siglos. Quizás la encuentre colgada por ahí o flotando al lado de una botella, pensaba con cierto optimismo forzado sabiendo que era casi imposible. De todas maneras, quedaban por adelante muchos años de buena salud, hasta que el poder de esas semillas dejara de actuar.

Pero el tiempo no era tan generoso. Aquella isla de basura se volvería pronto muy insegura. Su primer proyecto fue transformar el Evergreen en una balsa. Los containers son aptos para muchas cosas. Están diseñados para la protección total de los productos que deben transportar.

Todo el comercio por vía marítima de productos manufacturados se transporta en esas cajas de hierro, y las empresas no pueden perder sus bienes tan sólo porque el barco transportador se hunda. Por eso los contenedores pueden flotar, para poder luego ser rescatados. Esto se ha convertido en algo peligroso, pues muchas embarcaciones han chocado contra esas cajas de hierro y tanto veleros como yates han naufragado por esta causa.

Dion Belfeld desechó la idea de convertir el Evergreen en una balsa, sobre todo porque mantener flotando semejante estructura le costaría demasiado esfuerzo. Aparte -y no era un detalle menor- no era ideal que lo encontraran viviendo en el container. Comenzó entonces a diseñar una balsa, que luego bautizaría “Verde Esperanza”.

Materiales había de sobra. Aunque alcanzarlos no le fue tarea fácil. Las grietas avanzaban sobre la isla y muchas veces tuvo que lanzarse al mar para conseguir partes que le fueran convenientes para el armado de la balsa. Consiguió acopiar bidones de plástico de más de 200 litros que le proporcionarían sostener a flote el enorme techo de madera que rescató de los restos de una casa antes que el mar se la llevara. La ola del tsunami había barrido la zona costera de Sendai, zona de barcos, de yates, de pescadores. Por lo tanto estaba lleno de materiales que Dion aprovechó. Lamentable fue no dar con una embarcación en buen estado, pues le habría ahorrado el trabajo de tener que armar su propio astillero, allí al lado de su container-casa. Tampoco le quedaba mucho tiempo al Evergreen de estar bien apoyado, pues pronto el movimiento del agua desencajaría la estructura llevándose el container hacia el mar. Dion esforzó su cuerpo durante unos días recogiendo cuerdas, cables, caños, neumáticos y herramientas que fue encontrando.

En tres días de duro trabajo la balsa “Verde Esperanza” estaba lista para

ser botada. Una estructura de más de seis metros de eslora con una manga de casi cuatro metros se deslizó hacia el mar sobre una precaria grada. Los ocho bidones mantuvieron a flote la improvisada balsa. El techo de madera se convirtió en la cubierta que sostenía una caseta armada con mamparas. Un caño de PVC logró ser el mástil del cual colgaba una gran vela, dotada de una lona que seguramente había sido la vela de algún velero hundido en el océano. Cuerdas y cables hicieron el trabajo de sujetar todo. Una vez en el mar, y amarrada al Evergreen, Dion verificó que la balsa fuera segura. Una vez en alta mar ya no podría volver a buscar materiales. Por ello almacenó una vela de repuesto, algunos caños y otros bidones. Las tormentas pegaban fuerte sobre esa zona. El frío había que combatirlo como sea. No importaba la cantidad de abrigo que llevara, nunca le sería suficiente. La comida debía ser abundante, pero llevaba una caña de pescar que lo salvaría. Su encendedor haría el fuego sobre cubierta para asar al mejor atún que pudiera conseguir.

Todo estaba listo para partir. Sólo había un pequeño detalle que ajustar. ¿Hacia adónde?



—Kassos, sostén firmemente el astrolabio y observa aquella estrella por la mirilla. ¿La puedes ver?

El niño, tieso como estatua, afirmaba aquel aparato metálico con su brazo en alto, mientras miraba la estrella a través de las mirillas de una de las agujas que iba acomodando con el otro brazo.

—Sí...sí... ¡Ahí la veo! —exclamó entusiasmado.

—Bien hecho. No muevas el aparato. Fíjate los grados que marca en la graduación —requirió su padre.

El hijo obedeció. La marca señalaba 16°.

—Acá dice... —el pequeño leía la graduación sobre el contorno del disco—
16, un poco más quizás.

Su padre le acarició la cabeza y tomó el astrolabio.

—Muy muy bien, hijo. Ya sabes cómo determinar la graduación de la estrella. —Ante la atenta mirada de Kassos, dio vuelta el instrumento y movió el disco con extrañas figuras caladas—. Con estos valores podremos saber muchas más cosas como la hora, el camino de las estrellas en la cúpula celeste, la posición en donde nos encontramos, la latitud, y muchísimos datos que sirven para la navegación.

Apoyó ese tremendo aparato sobre la mesa. Kassos comenzaba a escuchar a su padre hablar con palabras extrañas como grados, latitud, y fabulosos nombres que le daba a las estrellas.

—La que has visto se llama Antares, pero mira ahí arriba, ese techo que está encima nuestro. Es una cúpula hermosa, ¿no lo crees así? Yo no me canso de mirarla, noche tras noche es un espectáculo distinto, aunque sean siempre las mismas estrellas las que brillan. Ahí puedes ver a Polaris, ella nos dirá dónde está el norte y será tu guía el resto de tu vida. Observa bien, ¿puedes ver las figuras?

Kassos miraba lo que miraba su padre, pero solo veía luces brillantes, algunas más que otras, pero solo eran puntos luminosos.

—Sólo tienes que jugar a unir los puntos con líneas y comenzarás a ver imágenes gigantescas. Las han llamado constelaciones. ¿Ves aquellas tres, bien brillantes? Pues forman el Cinturón de Orión. Allí puedes ver al cazador gigante sosteniendo su espada y su escudo. Mira, nuestra historia está allí arriba y nos observan cada noche. El poder de Orión y sus perros de caza, su enemigo el Escorpión, las Pléyades y sus hermanas las Híades.... —hizo una pausa y cerró los ojos como mirando todo el cosmos en su interior—. Cada noche ellos me cuentan historias que no puedo ni quiero olvidar. Ellos saben de dónde venimos, donde estamos y hacia dónde vamos. Todo lo que hagamos acá es insignificante. Somos tan poca cosa, tan minúsculos... Nada que podamos hacer

acá en la Tierra, por más grande que sea, llegará a desviar un solo rayo de luz de alguna estrella. Es tan magnífico lo que hay ahí arriba que nos hace míseros. Hay tanto misterio allí arriba que nunca podremos llegar ni siquiera adivinar. Pero Kassos, recuerda esto: todo el cosmos es vida. Nosotros acá en la Tierra somos parte de esa vida. Nosotros pertenecemos al universo, a cada estrella, a cada planeta. Somos parte de este cosmos, y estamos tan lejos pero tan cerca que hace que el universo esté adentro nuestro.



—Claro, padre Cosmo. ¿Cómo podrías llamarte de otra manera? Todo el universo está adentro nuestro, y tú siempre serás mi estrella —dijo Dion levantando los brazos desde su balsa.

Durante las noches anteriores, Dion había construido un astrolabio precario pero efectivo. Noche tras noche tomaba nota de las posiciones de los astros. Ayudado por su brújula determinó el lugar exacto donde se encontraba y hacia dónde iban flotando los restos de un pueblo que el océano había desvalijado una semana atrás.

El Pacífico, como un saqueador huyendo con su botín, llevaba los restos de Sendai hacia el este transportándolos por la corriente marina de Kuroshio.

El navegante conocía bien esa corriente y a su continuadora: la gran Corriente del Pacífico Norte. Debía entonces tomar otra dirección, navegar hacia el sur, para encontrar las rutas comerciales con el fin de que algún buque

mercante lograra rescatarlo y llevarlo a tierra.

El sol y el viento helado fueron testigos silenciosos de la zarpada de una balsa de madera y plástico, alejándose de una isla de horror y muerte. Dion no miró hacia atrás. A su espalda quedaba el container de la empresa Evergreen, pero ya no había nada en su interior. Antes de zarpar, Belfeld tiró todo lo que durante días y días lo había acompañado. No debía correr el riesgo de que, si aquel contenedor llegara a alguna costa, se descubriera que alguien había vivido allí dentro... leyendo libros. Mejor era no dejar huellas de nada.

Se acomodó el sombrero de mimbre para que le diera sombra a sus ojos, izó la vela que engordó en pocos segundos, y partió.

Atrás quedaron los miles de gritos mudos que seguían chillando en el silencio, voces que retumbarían en el navegante griego por mucho tiempo.

Capítulo 6

El Hobron Point



El capitán Gabriel Lawrence Bustos no es de la clase de personas que cae bien en la primera impresión. Ni en la segunda. Ni en la tercera. Es un tipo hosco, difícil de hacer amigos, aunque sus verdaderos amigos -que no pasan de dos- lo han sido después de tratarlo mucho tiempo. Dicen ellos que no hay nadie más leal que Gabriel. Cuentan que es tan leal que llegaría a sacar la ropa de su placard para que ellos puedan guardar allí sus muertos. Gabriel Lawrence Bustos es la persona que muchos querrían tener como confidente, pero nunca enfrentarlo.

Los que tienen que lidiar todos los días con él es la tripulación de su barco. No es lo mismo estar en una oficina y tener que soportar a un jefe unas ocho horas por día. En un buque carguero las travesías pueden llegar a demorar varios meses. Eso hace que durante más de cien días la tripulación esté las veinticuatro horas a la orden de su capitán. Ellos lo conocen bien. Saben que es muy difícil contradecir una orden suya. Pero jamás se atrevieron a cuestionarlo. Sus órdenes siempre fueron precisas, exactas. Bustos es la clase de hombre que toda empresa de cargo quiere seleccionar como capitán de sus buques.

Nacido en la isla hawaiana de Maui muy cerca del puerto de Kahului, al mirar tantos buques desde niño, no quiso otra cosa que navegar en ellos. Se convirtió muy pronto en capitán de un carguero mercantil transportador de

containers, con ruta desde Honolulu hasta Shangai en China. Desde ahí atravesar el Pacífico y llegar al puerto de San Diego, para luego volver a Hawaii. La empresa bautizó al carguero que capitaneaba con el nombre de un cabo de su ciudad natal: Hobron Point.

Gabriel L. Bustos comienza un nuevo día con su rutina diaria: despertarse a las 4:25. Una rutina molesta, no para Bustos pero sí para el resto de la tripulación. Los dos tripulantes de guardia durante la noche recibieron a su capitán en el puente. Ni una palabra entre los tres, solo un gesto de levantar el pulgar como diciendo buen día, todo en orden. En total silencio, uno de ellos comienza a preparar un café y saca de una heladera algunas donas que han sido descongeladas. Gabriel Bustos se acomoda en su silla, y de su celular pone a funcionar la aplicación de música para escuchar su mp3 favorito de cada mañana: Ángel de la mañana, por Juice Newton. La costumbre matinal se repite siempre y cuando el mar y el clima se presenten sin urgencias. Con el café en una mano y una dona en la otra, el capitán Bustos observa el océano Pacífico, apenas iluminado con las luces del Hobron Point y una luna que se desvanece lentamente. Faltan un par de horas para el amanecer.

Gabriel se siente tranquilo capitaneando su buque, en la ruta desde China hacia los Estados Unidos. Muchas veces piensa en sus colegas atravesando las rutas peligrosas del océano Índico. Un peligro que aumenta día a día en aquellos mares: los piratas. Ellos deben navegar sus mega transportadores totalmente a oscuras en la noche, y envolver la cubierta, cada baranda, cada acceso al barco con alambre de púa usando el peligroso alambre circular navaja. Así logran desanimar a los piratas modernos de abordar el carguero.

Allá en el Pacífico no proliferaban los piratas, pero siempre había que estar alerta cumpliendo el protocolo de seguridad.

Con un nuevo café en la mano, Bustos recorrió la cubierta y se apoyó en una baranda, cerrando los ojos para sentir la brisa y el frío. Se sintió vivo, y feliz, pues estaba haciendo lo que debía hacer estando en el lugar donde quería estar en el momento indicado. Si una de esas tres condiciones -tarea, lugar y

momento- no era correcta, algo debía hacer para que las tres volvieran a armonizar. Solo la armonía mantenía en paz al capitán Gabriel Lawrence Bustos.

En la mañana del 15 de agosto de 2012, con el mar en perfectas condiciones, con un viento frío del noroeste a 3 nudos, Bustos calculó que el Hobron Point debería recorrer más de 650 kilómetros a una velocidad promedio de 15 nudos, si todo iba bien y sin ningún imprevisto. Pero lo que sucedió ese mediodía no estaba en los planes.

Desde el puente, con sus viejos prismáticos, Bustos observaba todo el océano que se presentaba en proa. Aunque los radares y otros aparatos electrónicos brindaban una información detallada de la situación, Bustos necesitaba el doble-chequeo manual. Su propio control. Era un día de sol, de nubes gruesas. El viento había aumentado a más de 10 nudos, y observaba las crestas rompientes de las olas. El pronóstico no indicaba un mar peligroso a pesar de ese viento que comenzaba a molestar. En sus prismáticos vio un destello blanco que le llamó la atención. No le pareció que fuera el reflejo de una ola. Enfocó los lentes en aquel punto, apenas perceptible en el horizonte. Bustos decidió salir y se afirmó en la baranda del pasillo exterior. El barco apenas se movía y pudo observar varios minutos aquel reflejo. Sin dudarlo tomó una decisión. Volvió a ingresar al puente.

—Estoy viendo un cuerpo extraño, rumbo este noreste, distancia aproximada 15 millas. ¿Los radares detectan algo?

El segundo oficial de puente se apresuró a verificar.

—No, señor, no hay nada detectado.

—Cambien rumbo este noreste. Nos aproximaremos hacia aquel punto – ordenó el capitán mientras miraba con los prismáticos.

Los oficiales de puente se quedaron un segundo estáticos, sorprendidos. Era la orden de cambiar la derrota. Ese tipo de cambio requería una situación especial, como un ataque enemigo o una fuerte tormenta. El oficial a cargo se acercó a su capitán.

—Señor, ¿teme que sean piratas? En todo caso deberíamos seguir los procedimientos, avisar por radio de la situación en este mismo momento...

Gabriel Lawrence Bustos bajó sus binoculares y giró la cabeza para mirar directo a los ojos de su primer oficial. Casi sin abrir los labios y con actitud

severa volvió a ordenar:

—Más le vale que en este mismo instante corrija el timón, oficial.

Sin mediar ni siquiera una centésima de segundo, el subalterno comenzó a moverse.

—Larkman, corrija posición inmediata hacia ENE –ordenó al segundo oficial, mientras se dispuso a avisar a la tripulación.

Mientras los oficiales de puente maniobraban el Hobron Point, el capitán seguía observando con sus binoculares hacia el aquel destino.

La imagen ahora era más clara. Lo que estaba mirando era una vela.

Daniel Bramson, el primer oficial, buscó los prismáticos y se puso a la par del capitán. Bramson jamás había dudado de Bustos, pero aquella circunstancia lo incomodó, porque no veía ninguna condición para tener que alterar el rumbo. Pero cuando distinguió una vela totalmente desplegada en el horizonte, se calmó. Los piratas no navegan en veleros. Otra vez supo que su capitán había tomado una decisión correcta.

A medida que el carguero se aproximaba, la tripulación sintió una suerte de asombro e incertidumbre. Lo que veían escapaba a lo que podrían esperar e imaginar sobre tal situación. Encontrar en el medio del Pacífico Norte, a miles de kilómetros de cualquier costa, una balsa construida sobre barriles plásticos y con elementos no convencionales para la navegación no era algo que sucediera a menudo, ni siquiera muy de vez en cuando. Y encima, ver en la cubierta de esa extraña balsa a un hombre con un raro sombrero, sentado displicentemente con una caña de pescar tratando de que algún pez mordiera su anzuelo, mientras los saludaba a la distancia meciendo de un lado a otro su brazo, decididamente etiquetaba la situación como bizarra.

—¿Yo estoy loco o ustedes también están viendo a ese tipo pescando en esa balsa del demonio? —preguntó Bustos mientras miraba atónito por los binoculares.

Los oficiales, que también observaban, contestaron a dúo:

—Nosotros también estamos locos, Gabriel.

Encontrar a navegantes ermitaños perdidos en alta mar solía ocurrir. Hubo casos de navegantes que, al querer dar la vuelta al mundo, quedaron perdidos con sus veleros después de fuertes tormentas. O también de un caso que todos recordaban: un centroamericano que estuvo a la deriva un año y medio, logrando sobrevivir gracias a que bebió de su propia orina para no morir de sed. Pero este no era el caso. A aquel único tripulante de esa balsa del demonio -como lo definiera el capitán- se lo veía muy bien de salud y con una expresión de alegría mientras los saludaba. No era comparable con las historias que conocían.

—Bien, pues llegamos hasta aquí y tendremos que ir hasta su balsa —dijo el capitán mientras comenzaba a caminar por el puente—. Es muy arriesgado maniobrar el barco para acercarnos. Bramson —señaló al primer oficial y dio una orden—: prepara el bote salvavidas. Iremos Larkman, un marinero que deberá ir armado por las dudas, y yo. No veo que haya peligro, pero deberemos tomar precauciones.

El oficial a cargo hizo un comentario adecuado a la situación:

—Capitán, lo conveniente en ese caso es que usted quede a cargo del Hobron y no baje en el bote.

Gabriel L. Bustos sabía que Bramson tenía razón. Pero había algo en esa historia que su conciencia reclamaba que fuera él mismo en persona. Se acercó, y le apoyó el brazo en el hombro.

—Sé que debería quedarme aquí, lo sé. Pero tomaré ese bote salvavidas. Bramson, desde este momento quedas como capitán del Hobron hasta que yo vuelva.

Las maniobras en cubierta para bajar el bote se hicieron rápidamente y Bustos en persona condujo la embarcación hacia la balsa. A medida que se acercaba miraba con estupor lo bien que estaba construida, con materiales de desecho. Esa balsa está preparada para soportar fuertes tormentas, pensaba Bustos. Finalmente, el bote salvavidas se detuvo a unos metros. El capitán entonces abrió la compuerta y se asomó por la parte posterior. El marinero, que observaba todo desde el interior, afirmó el fusil que llevaba, siempre esperando lo peor, aunque su capitán actuara de forma serena y natural.

Bustos vio de cerca al hombre en la balsa que seguía sentado muy cómodo y tranquilo con la caña en su mano esperando que algún pez mordiera el anzuelo. Al capitán le pareció que no era un náufrago, sino un hombre que estaba disfrutando del lugar y el momento. Le hizo recordar sus pensamientos de niño, cuando soñaba despedirse de la orilla para penetrar en el universo de un océano infinito. Navegar en una balsa de troncos con la única compañía de su perro, sin rumbo fijo, sin puertos, ni relojes, ni nadie que le diga qué tenía que hacer o qué no hacer. Por un momento ese loco pescador en su loca balsa personificó su fantasía de muchos años atrás. Entonces levantó la mano como señal de saludo. El pescador desde la balsa respondió el gesto.

Desde el interior del bote, el segundo oficial Larkman miraba muy extrañado, mientras que el marinero sospechaba que todo eso era una trampa.

—Larkman, cuidado —dijo el marinero sujetando con más fuerza el fusil en su mano—. Es una maldita trampa, lo sé. Es todo una escenografía, algo muy malo está por suceder.

—¿Qué dices? Yo no veo ningún peligro.

El marinero se movió con rapidez y abrió el ventanuco del bote salvavidas.

—No se dejen engañar como chiquilines. ¿No ves que todo esto es irreal? Mira bien ahí debajo de la balsa. Juego mi pellejo que ahí debajo están esperando los piratas, o bien detrás de la casucha. Nos están apuntando con armas, pero yo seré el primero en disparar.

Abrió el ventanuco y desde ahí apuntó al pescador a su cabeza. Iba a dispararle en cualquier momento.

El capitán Bustos saludó al extraño.

—¡Hola! —hizo una pausa— ¿Puedes entenderme?

El hombre de la balsa respondió hablando en perfecto inglés.

—Ya no recuerdo la última vez que hablé con otro ser humano, pero evidentemente los sigo entendiendo. ¡Buen día caballeros! Llegan justo para el almuerzo. Alguna trucha nos podrá alimentar muy bien a los tres. —Volteó la cabeza hacia el bote mirando al hombre que lo apuntaba desde el interior—. Y tú, ¡deja de apuntarme y ven a ayudarme a poner la mesa!

—¡Baja ese fusil ya mismo! —gritó Bustos hacia el marinero. Larkman en un instante le arrebató el arma—. Disculpános —se dirigió hacia el balsero—. Te hemos visto que nos hacías señales y por eso vinimos a rescatarte. Ya sabes... Encontrar una balsa en medio del Pacífico Norte es una situación bastante extraña.

—Depende de qué lado te ubiques —respondió el pescador—. Mucho más extraño es estar en esta cáscara de nuez, saludar un par de veces y que un gigantesco barco carguero te venga a buscar.

El capitán y el oficial rieron y eso alivió la tensión. Luego el hombre de la balsa continuó hablando.

—Bueno, debo reconocer que yo los llamé para que me vean, y doy gracias a Poseidón que lo han hecho. Como les dije hace mucho que no hablo con nadie, y las conversaciones con los peces no son algo muy entretenido. Ni siquiera las aves se acercan por acá. —Hizo una breve pausa—. Y hablando de acercar...

El balsero apoyó la caña en la cubierta y se puso de pie. Recogió una larga vara. Luego se la alcanzó al capitán para que se acercara. Bustos la sujetó con firmeza y comenzó a tirar. Despacio, el bote salvavidas se acopló a la balsa. De un salto la abordó y saludó.

—Mucho gusto. Mi nombre es Gabriel Bustos, capitán del Hobron Point. El hombre de la balsa extendió la mano.

—Muchísimo gusto. Mi nombre es Fraser. Howard Fraser, capitán del “Verde Esperanza”.

Larkman también pasó a la balsa mientras que el marinero, ante la orden, quedó a bordo del bote salvavidas. Aunque había bajado el arma, se mantenía muy expectante.

Bustos observó la balsa de proa a popa y se rascó la cabeza.

—Vaya, por ser una balsa muy poco convencional, está muy bien construida.

Debajo de su sombrero y de una tupida barba, el hombre que se hizo llamar Howard Fraser acotó mientras se acomodaba en uno de los bidones:

—La verdad nunca he visto una balsa convencional. Pero tiene razón, está muy bien construida.

El capitán del Hobron Point examinó cuidadosamente cada objeto. Nada

le pareció que estaba ahí por azar. Aquella cubierta de madera le pareció haber sido un techo, con sus tirantes. Los bidones que la mantenían a flote estaban bien armados, sujetos con sogas, cables y alambres de acero inoxidable. Sobre la cubierta más bidones amarrados a caños que servían como asientos y protección. El mástil era un gran caño de PVC.

Howard Fraser entró a la caseta ubicada en lo que sería la popa de la embarcación. Bustos vio que estaba hecha con material duro, tipo durlock. Observó además su interior en donde nada faltaba. Bien amarrados a los laterales había una especie de despensa con algunas latas, unas viejas bebidas y hasta libros en una biblioteca. Un catre, muchas frazadas, mucha ropa. A Gabriel Bustos se le llenó la cabeza de preguntas. Tal cual como a esos cientos de niños de Maui que en el día de visita recorren el Hobron Point atormentándolo con miles de por qué y para qué. Ahora él mismo se hacía las mismas preguntas. En el momento en que abrió la boca para hacerle la primera pregunta, el barbudo capitán de “Verde Esperanza” salió de la caseta con la botella de un añejo whisky en la mano y algunos vasos, ninguno igual al otro, pero vasos al fin.

—Ah... qué gran momento este. Tenía este viejo escocés esperando esta ocasión. No me diga Bustos que no puede beber por estar navegando. ¡Vamos, no sería digno de un gran capitán!

Los tres hombres se sentaron en cubierta, a la sombra de la vela. Fraser comenzó a llenar los vasos.

—Disculpen que no tenga a bordo los genuinos vasos de whisky, pero es todo lo que puedo ofrecerles. Una pena que no llegue a tener cuatro. El pobre tripulante que quedó en el bote deberá esperar. —Levantó el vaso—. Pues, ¡brindemos por el encuentro!

Gabriel Bustos apenas dio un pequeño sorbo y comenzó a preguntar.

—Howard, ¿ha naufragado?

—Buena pregunta. ¿Soy acaso un náufrago? Bueno... No lo soy... Sí lo soy. No he perdido el rumbo. Sé por dónde estoy navegando. Soy un viejo lobo de mar y tengo mis instrumentos de medición. No, no podría decirse que soy un náufrago. Pero por otro lado sí. Ya he pasado algún tiempo en esta balsa y me pregunto para qué me lancé al mar. Si tuve una razón ya no la encuentro, o

simplemente esa razón ha sido cumplida y no me he dado cuenta... Me he quedado en alta mar sólo observando el mismo horizonte en los cuatros puntos cardinales cada día. —Bebió un largo trago de whisky—. Supongo que aquél que nada espera de la vida podría llamarse náufrago.

—¿Hace cuánto tiempo que está en el mar?

El hombre que se hizo llamar Howard se sacó el sombrero, el largo pelo le cayó sobre su rostro. Se lo apartó y respondió.

—No sé... no sé... meses, la verdad no lo sé. Ya no llevo la cuenta. Al principio contaba las lunas, las anotaba en mi bitácora. Llevaba todo en orden hasta que todo fue a parar al fondo del océano. Una tormenta casi da vuelta a Verde Esperanza. Volaron mis anotaciones, la bitácora, muchos de mis libros, y todos mis documentos. Perdí todo, hasta mi identidad. Okay, de todas maneras ya estaba cansado para seguir anotando datos que me eran inútiles.

Bustos bebió otro sorbo de ese whisky. Quizás eso aflojó su lengua.

—Loco Howard, ¿de dónde carajos has venido?

—Ja jaaaa!!!!!!!!!!!!!! —rio el barbudo—. Así está mejor, claro que sí. La última vez que pisé tierra firme fue la isla de Oahu.

—¡Wow! ¿Así que eres hawaiano como yo? Pues, qué alegría.

—Si, podría decirse que sí. Viví mucho tiempo en el archipiélago. Veo que ustedes vienen de allí. El nombre de su barco —señaló al carguero—, Hobron Point... Conozco bien Maui. Y la empresa en la que trabajan, Matson, viene de Honolulu. Allí donde estuve tanto tiempo...

Tanto Larkman como Bustos levantaron una ceja al mismo tiempo, reconociendo todo lo que sabía aquel balsero. Howard continuó relatando.

—Viví en grandes ciudades, muy grandes la verdad. Mucha gente, demasiada, se me hizo insoportable. Edificios interminables, calles infinitas... automóviles... autopistas... autómatas. Vi que todos éramos piezas de un engranaje. Un día me cansé, dejé todo, fui a Honolulu, a vivir a un lugar donde nadie me dijera qué tenía que hacer o qué no hacer.

Gabriel Lawrence Bustos sintió un cosquilleo al oír aquellas últimas palabras. Aquel loco balsero se le hizo su otro yo. Se sintió feliz.

El hombre de largo cabello y barba continuó hablando.

—Honolulu... hermoso lugar, me hizo muy bien. Recuperé energías,

aprendí a construir embarcaciones. Conocí a una chica y nos fuimos al norte de la isla, a vivir a la bahía de Kuwela. Qué felices fuimos –hizo una pausa y bebió un largo trago de whisky—. Un día todo cambió. Siempre las cosas ocurren un día... un instante. Ella se fue. Si ella no estaba allí entonces yo no tenía por qué permanecer en Kuwela. Manejé mi Jeep por toda la isla recogiendo lo que encontraba en depósitos, en basurales. Bidones, cables, mamparas, ropa vieja, libros, botellas, rezagos. Construí esta balsa, que para mí se convirtió en un arca de Noé que me salvaría de morir si continuaba en la isla. Así fue que un día - siempre un día- me largué al mar a navegar, simplemente a navegar. No había otro motivo que sólo mirar el mar durante el día y las estrellas en la noche.

Los dos hombres del carguero escuchaban muy atentos la historia. Larkman estuvo tentado de preguntarle si su chica lo había abandonado o se había muerto, pero el sentido común le indicó que se quedara con la duda.

—Pasaron meses... un año.. ¿dos? No lo sé...—continuó hablando Fraser—, pero creo que he llegado a un punto donde quiero volver. Durante muchos días, como hizo Noé, he largado mi paloma pero siempre regresaba con su pico vacío. Pero un día -siempre un día y ese día es hoy- la paloma regresó no con una hoja de olivo sino trayendo un bote salvavidas... ¡Ja jaaaa!!!!!! —se rio de su propia humorada y levantó el vaso como señal de brindis.

Los tres hombres se pusieron de pie. Gabriel Bustos apoyó su brazo sobre el hombro del balsero.

—¿Quiere venir con nosotros?

El barbudo Howard Fraser, que durante muchos años se hizo llamar Dion Belfeld, sonrió con una alegría sincera.

—¿Me llevan? —respondió.

Bustos también se sintió feliz, pues estaba haciendo lo que debía hacer estando en el lugar donde debía estar y en el momento indicado.

Capítulo 7

En donde ha caído el diablo



No se puede tocar blues en los salones del Palacio de Versalles. No es que se lo prohíba, simplemente es imposible que -en salas inmensas y espejadas, con cielorrasos muy por encima de uno y pintados con tanto detalle artístico-, se logre sentir olor a cigarro, cerveza y calle. El blues nace en la marginalidad, es el alma de los que tienen poco...y nada. El blues tiene ese olor a gente que trabaja, que bebe, que fuma. El blues debe ser interpretado -y respirado- por y para esa misma clase de gente. Por eso el blues nació allí, donde muere el Mississippi.

Esa mezcla se conjuga perfectamente en un bar llamado Devil Went Down. Un amplio salón, mesas chicas, sillas de madera -algunas casi que no pueden sostener a nadie-, paredes sobrecargadas de fotos, señales de ruta, chapas de patentes, discos de vinilo, viejas armónicas, un techo bajo, luces pobres y un escenario donde noche tras noche se celebra la misa del blues, del country y del rock. Hombres y mujeres cantan. Canta el que sabe -y el que no sabe, también- con voces quebradas, gritos, tabaco y alcohol. En los bares no se busca la perfección, ni siquiera que los instrumentos ni las voces afinen. Acá solo se pide vivir, y olvidar la vida, tan sólo por un rato...cada noche.

Devil Went Down está ubicado en el barrio francés, el histórico centro de

New Orleans, estado de Luisiana, Estados Unidos. A pocos metros de la Bourbon Street, allí donde los bares más grandes de blues y los músicos más grandes se dan cita. En ese bar casi escondido se reúnen los “neorleanos”, aquellos habitantes de la Nueva Orleans, y no es lugar donde las agencias de turismo envían a sus clientes. El Devil's bien podría dar justificación a su nombre, ese lugar donde ha bajado el mismísimo diablo y del que no tiene la más mínima intención de irse.

Cerca de las dos de la mañana, ha corrido mucha cerveza y whisky en los ríos del Devil's. El encargado del local subió al pequeño escenario, se acomodó frente al micrófono y potenció su garganta para que todos lo oigan.

—Lo voy a presentar una vez más. Yo sé que muchos de ustedes son nuevos clientes y sé también por qué vienen: para ver en Devil's las mujeres más lindas de Luisiana, y por el otro lado, para escucharlo a él. Voy a repetir esta historia cada noche..

Algunas papas fritas volaron hacia el escenario.

—¡Bob! —gritó un cliente algo borracho a esa altura— ¡¡¡Ya te escuchamos mil veces, sabemos la historia de memoria!!!

—No me importa —respondió el dueño del Devil's mientras seguía esquivando todo lo que le tiraban—. Una tarde llegó de la nada, con un horrible sombrero de mimbre y me pidió trabajo. ¿Qué mierda sabes hacer? le pregunté. Detrás de esa barba miró la barra, las mesas, el techo, las paredes, el piso y me dijo: Sé preparar tragos, cómo recomponer muebles, cómo arreglar el techo, sé pintar paredes y limpiar el piso. Después miró una guitarra. Y agregó: Sé tocar blues. Antes de darle un cepillo, le di la guitarra. El tipo se acomodó y después de que tocara una simple nota, le dije que se quedara para siempre. Hizo una pausa, miró al mostrador y lo señaló: Acá está el mejor bartender de New Orleans y el mejor músico de todo el maldito sur. Con ustedes: ¡¡Dion!!

Aplausos de los cuatro costados colmaron el local, cuando el que atendía en la barra se soltó el pelo y avanzó con una Gibson Les Pauls en mano hacia el escenario, cruzándose con Bob en un fuerte choque de palmas. Este músico que se hacía llamar Dion se paró en el centro, una sola luz lo iluminaba, conectó el cable de la guitarra al amplificador, acomodó el micrófono y dio la bienvenida a

toda la gente con su clásico saludo de cada noche:

—¿Qué carajos están haciendo acá?

Comenzó a tocar el primer acorde del Bartender's Blues, compuesto por James Taylor, para luego dejar fluir las palabras que definían su vida:

“Bien, solo soy un bartender,
y no me gusta mi trabajo
ni tampoco el dinero en absoluto.

He visto muchas caras tristes
y muchos dramas de los cuales no pueden escapar.

Pero tengo a mi alrededor cuatro paredes que sostienen mi vida
para evitar que vaya por el mal camino.

Y a un ángel de este honky-tonk,
que me sostiene fuerte para evitar que me escape.”

Cuando dijo esta última frase miró a Bob y le guiñó el ojo. Los aplausos llenaron el bar. La voz de Dion y su Gibson sonaron como una orquesta completa, no se necesitaba bajo ni batería. Más de una voz entre la gente le hicieron de coro. Cantó canciones que llenaron el espíritu y dieron gasolina al tanque de la vida. Canciones de Ry Cooder, John Lee Hooker, Jimmy Hendrix, un par de canciones que nadie había escuchado antes -que muchos juraron ser las mejores que habían disfrutado jamás-, y cuando terminó de tocar “Jumpin' at shadows” de Gary Moore, una voz gritó desde el fondo:

—¡Nada mal por haber sido un náufrago!

El hombre de la guitarra enfocó la mirada hacia el fondo y vio sentado a un viejo amigo.

—Esta última va dedicada al capitán –dijo y comenzó a tocar “Sentado en el muelle de la bahía”. Una ovación cerró el pequeño gran concierto.

En la última mesa del bar estaba sentado Gabriel Lawrence Bustos, sin compañía, disfrutando del ambiente y de un whisky. Aquella canción de Otis Reeding lo llevó a su infancia en Maui cuando iba caminando hasta el muelle en el puerto. Allí pasaba casi todo el día observando los barcos. Larry, como lo llamaban sus padres, sonreía. La canción que llegaba desde el escenario lo conmovió.

El hombre de barba y pelo largo bajó del escenario, saludó a muchos. Se acercó a Bob y le preguntó algo al oído. El dueño del bar le respondió con un gesto afirmativo. El hombre de la guitarra se sirvió una medida doble del mejor whisky. Luego caminó hacia el fondo, tomó la silla que estaba vacía en la última mesa.

—¿Puedo? —le preguntó a Bustos.

—Por lo visto el jefe te lo ha permitido. No lo voy a contradecir.

El capitán del Hobron Point se levantó y se abrazaron.

—¿Qué carajos está haciendo acá, señor Howard Fraser?

Los dos rieron y se sentaron.

—Ya lo ves... desde barrer los pisos hasta entretener a los parroquianos. Y disfrutar de momentos como este... ¡Salud!

Ambos chocaron sus vasos brindando con un largo trago.

—Cada vez que nos encontramos repetimos la mística: beber whisky –acotó Dion mientras sujetaba sus cabellos con una cinta-. Como aquella vez en mi balsa...

—Imposible olvidarlo, imposible –respondió Gabriel—. Dime, ¿ahora te haces llamar Dion?

—Ah... si... –se secó la boca con el dorso de la mano—, es mi nombre artístico. Me gusta, es corto, fácil, y es en honor a un gran músico: Dion DiMucci.

—Pues... no lo he escuchado.

—Pues... ¡deberías!

—Pues... me ha bastado con escucharte a ti. ¡Mierda, eres realmente bueno!

—No, por favor, solo doy lo que tengo adentro: sentimientos. Si sabes entonar, aunque sea un poco, sabes cómo poner los dedos en la guitarra y expresar todo lo que llevas adentro, ésa es la combinación perfecta para un buen músico. —Apoyó el vaso a un lado y miró al capitán—. Acá nadie me conoce como Howard. Para todos soy Dion.

Bustos recorrió con la vista a todo el bar.

—Así que el náufrago ha decidido venir al delta del Mississippi. ¿Por qué este lugar, Dion?

—No sé. Yo había pasado por acá, antes del 2005. Me había fascinado el blues, el jazz, las tradiciones de los negros, tanta magia... Cuando pasó el Katrina y destruyó todo, yo estaba muy lejos. Así es que tenía algo pendiente con esta tierra. Han pasado algunos años, y aún hay cosas que reconstruir. Imagínate el ochenta por ciento de la ciudad bajo agua... ¡Desapareció la mitad de la población! ¿Crees que se reconstruye en un par de años? No. Pero es de no creer las cosas que la gente ha hecho por la gente. Gracias a ellos Orleans sigue viva. Yo quiero ayudar, lo hago a mi manera. Por eso estoy aquí. Ya va a hacer cerca de un año... —hizo una pausa—. Yo sé lo que es perder amigos y familia... yo sé —su voz estuvo a punto de quebrarse pero Dion se repuso y levantó el vaso—. ¡Pero ahora brindemos por la vida!

—Y por Morgan Robinson que te ha facilitado los documentos.

Dion sonrió. La ayuda que le había dado el capitán fue de vital importancia para poder permanecer en los Estados Unidos de América en forma legal. Bustos conocía a un tráfuga, uno de los fuera de la ley, pero que de tanto ayudar a la gente haciendo trampas legales, se ganó la amistad de muchos, entre ellos la del capitán. Bustos contactó a Morgan Robinson -que por supuesto no era su verdadero nombre, -para tramitarle a Howard Fraser-que tampoco era su verdadero nombre- algunos documentos. Eso le había permitido a Dion conseguir el trabajo y poder alquilar una humilde vivienda muy cerca del río, además de comprar una notebook.

—Gracias Larry por venir —un sonriente Dion apoyó el brazo sobre el del capitán—. ¿Hace cuánto tiempo te envié el e-mail?

—Largos meses, no sé. Me hiciste reír. “Cuando el Hobron se dé una vuelta por el Caribe amarra en el puerto de Orleans y búscame dónde ha caído

el diablo". Jaaaa ja!!!!, ¡Me has enviado un mensaje con enigmas! Por suerte sabía de tu pasión por la música, así que fue sólo buscar unantro como éste que se llamara Devil Went Down.

El diálogo continuó un buen rato, entre temas triviales como las mujeres, los gustos musicales, la navegación. Dion fue feliz, pero se cuidó de relatar su historia de miles de años, de batallas, tsunamis, centinelas. Pidieron una segunda vuelta de scotch que por supuesto la casa invitó. El alcohol comenzó a ablandar al capitán Bustos, sus sentimientos comenzaron a fluir sin ningún filtro.

—Howard o como mierda te llames, creo que ni el pobre diablo que está por aquí lo sabe. Pero escúchame un rato más, aunque ya quieras volver a tu barra o cortejar alguna sucia mujer. Escúchame. Sabes que soy hosco, casi no tengo amigos. Muchas veces mirando el mar -porque otra cosa no puedes mirar desde un maldito carguero en medio del Pacífico- digo, muchas veces me pregunto lo mismo: si es el mundo que me queda tan lejos... —volvió a dar un sorbo— o soy yo que quiere que el mundo se aparte de mí. Y sí, creo que es lo segundo ¿sabes? Creo que yo... y vos somos de esa especie, amigo. Queremos ser libres, amamos este planeta y a esta gente tan loca. Pero claro, hay días en que quiero que la gente se quede bien lejos.

Un grupo de jóvenes comenzó a tocar rock y muchos se pusieron a bailar, incluso arriba de las mesas. Gabriel Bustos los observó.

—No parás nunca de buscar la felicidad y cuando la encontrás... supongo que te morís antes. Okay, ya digo cosas sin sentido, pero como te decía que siempre estoy alejándome de todos. Tengo días en que prefiero hablar con delfines. Por eso... por eso, repito, debo agradecer hoy a la maldita vida por esta rareza. Conseguir un amigo a esta altura de la vida, es raro, muy raro. Podemos conocer personas que nos acompañan, en donde nos meamos de la risa, nos emborrachamos. Pero, ¿son amigos? No, no, no.... Los amigos los hacemos cuando somos niños, después es... es muy raro. ¡No me sale otra maldita palabra! Y no me contradigas pues haber comenzado una amistad en medio del Pacífico en una balsa hecha de basura y tomando un whisky bajo el sol... ¿qué

quieres que te diga? Fue el encuentro más raro que he tenido!!!!

Se puso de pie e invitó a Dion hacer lo mismo.

—Dion, Howard, o como el diablo te llame, brindo por nuestra amistad y por este raro encuentro.

Capítulo 8

Los conciertos de los Portales



Acomodó botellas, copas y limpió la barra dejando todo listo para volver a trabajar al anochecer. Ya no quedaba nadie en el Devil Went Down. Saludó a Bob y se marchó caminando despacio hacia su casa.

Era bien entrada la madrugada y faltaban un par de horas para el amanecer. Se respiraba ese calor húmedo pronosticando otro día del mismo clima pesado de siempre. Comenzó el lento regresar a su casa, haciendo el mismo camino de todas las noches. Un recorrido que no era muy complicado. Llegar a la esquina, doblar a la izquierda y caminar unas cuadras por la Bourbon Street, la calle más famosa de Nueva Orleans, la calle más famosa del jazz.

Todo el jazz y todo el ruido de la noche se reúnen en el barrio francés. Caminar por la Bourbon es una experiencia singular. Todo el que llega a esta ciudad no puede abandonarla sin haber estado en la calle del jazz durante la noche. No sólo se respira jazz sino blues, rock, country. Dion caminó admirando esa música de la vida, dejándose llevar por el murmullo en el que se mezclaban miles de voces, risas, y la música que salía de cada local. Ya quedaban pocos

bares abiertos pero la gente seguía dando vueltas, hipnotizados con tantas luminarias de sus aceras centenarias, muchos con el vaso de cerveza siempre vaciándose y volviéndose a llenar. Los bares abiertos invitando a quedarse, aunque sea unos pocos minutos, para disfrutar de los músicos ejerciendo su pasión. Dion sonrió. Es la vida de la noche, tan hermosa, pensaba. A pesar de tener que soportar ese olor desagradable a las aguas estancadas y la basura en las esquinas.

Dion alquiló un departamento en un primer piso de una casona sobre la misma Bourbon Street. Un lugar muy viejo. Tan solo un ambiente, de techo alto, baño compartido con sus vecinos. No le importaba. Se sentía a gusto, y sacaba la silla al balcón para escuchar jazz mientras saboreaba un whisky o cualquier otra bebida. Se había convertido en un nochero y el amanecer lo encontraba siempre despierto.

Pero esa noche no hizo balcón. Cerró la puerta de su departamento, tomó su notebook y se acomodó en la barra que dividía la cocina con la sala. Abrió el navegador de internet. Dos palabras hacían eco en sus pensamientos. Las había dicho el capitán del Hobron Point y ahora su amigo: raros encuentros.

Su larga vida había sido una repetición incesante de raros encuentros. Una vez -un día- allá en el mar Mediterráneo conoció a alguien que le cambió la existencia. No sólo había logrado un cambio en su vida, sino que la perpetuó. Los raros encuentros pasaron a ser algo que dejó de ser extraordinario y fuera de lo común, para ser algo normal. Con el tiempo situaciones tan extrañas se volvieron parte de su vida, de su normalidad. Por ejemplo, ver que alguien se materializara enfrente suyo, o que desapareciera en un instante. Fenómenos que la ciencia no podía explicar, le eran cosas comunes. Hasta había perdido algo de sensibilidad en muchos aspectos de la vida. Pero era lógico: lo anormal se volvió ordinario en su vida.

No era inmune al dolor. El sufrimiento que percibió la primera vez que una espada lo atravesara le hizo sentir el momento previo a la muerte. Pero esa aflicción se desvaneció en menos de cinco segundos. Su cuerpo se curó en un

momento. Se sintió inmortal, aunque no lo era. Con el tiempo ya le era normal que se le cicatrizara cualquier herida por más profunda que sea, en tan solo un instante. De la misma manera conocer gente tan extraña no lo alteraba. Él también era uno de ellos, pero conoció a muchas personas con cualidades mucho más extraordinarias. Personajes que solo podrían ser imaginados por la mente brillante de algunos autores, como los hermanos Grimm, a quienes Dion había conocido en Alemania.

—Tiene que haber un rastro de algunos de ellos en alguna parte —se dijo mientras la notebook ejecutaba los procesos de arranque.

Durante muchas noches había buscado infructuosamente datos de otros centinelas. Había leído artículos interesantes, muchas veces plagados de extrema fantasía relatando encuentros con extraterrestres o civilizaciones intraterrenas. Algunas le causaban gracia y otras le parecieron bien encaminadas, pero ninguna de esas páginas le brindó una información útil que lo condujera a lo que estaba buscando.

Raros encuentros. Las dos palabras se repetían en su mente. Buscó en Google un relato que narrara la experiencia de un encuentro de características bien extrañas. Si el capitán del Hobron Point, Gabriel Lawrence Bustos, hubiera escrito cómo lo conoció, seguramente habría titulado la nota con esas dos palabras. Mediante un simple script que había armado, Dion podía buscar en internet un texto en distintos idiomas simultáneamente. Buscaba hasta en 48 idiomas que él hablaba y leía. Escribió “raros encuentros” y presionó Enter.

Inmediatamente saltaron los primeros resultados. A toda velocidad comenzó a leer el extracto de cada página. Muchas hablaban de reuniones de los Illuminati, otras de encuentros del tercer tipo, pero había muy pocas que realmente le interesaran. Al clicar la vigésima octava página de resultados, leyó algo que le llamó la atención. Inmediatamente abrió el enlace que lo llevó a un blog. El blog se llamaba justamente “Raros Encuentros”, escrito en español por un tal Iván Ojeda. El cuento se llamaba como el nombre del blog. Lo leyó muy atentamente mientras lo acompañaba un blues que llegaba desde la calle.



RAROS ENCUENTROS

Maldito auto maldito motor maldita suerte la mía ...! Ni idea de lo q le pasa, ni sonido ni ruido ni. De noche y en el medio de la nada. Bah, tan de la nada no, x allá muy lejos veo algunas luces q titilan... y silencio, silencio humano absoluto. Aturde. Pero después de un rato, ya ! Me acostumbré a las ranas, los grillos, losvaya a saber qué que hacen sus sonidos nocturnos. Luciérnagas que vienen y van. Lechuzas.... Mejor me lo tomo con calma xq x este camino rural no pasa nadie hasta q los gringos se levanten . Estoy muy cómodo en el asiento del auto bien reclinado para dormir...

Un sonido muy suave.... muy lento - como un gemido - laaaaargo.... se repite.... otro tono, y no estoy soñando: me despertó una guitarra eléctrica en el medio del campo! Q locura no puede ser. Y sigue. Pero no veo quién o qué. Dudo sobre si oigo bien si me desperté si sigo soñando si me volví loco si fui abducido ... Salgo del auto y sigilosamente me dirijo hacia la música, apenas se distingue la línea del horizonte, nada más.

Voy x la banquina de tierra x las dudas.... hay algunos arbolitos y pastos altos, y me pasa sin verme una camioneta con luces de posición solamente. La música sigue. Ya no se oye la camioneta, pero sí ruge una moto (o dos?). Eran varias, pero pararon en algún lugar q no alcanzo a ver desde donde estoy, y aunque la curiosidad mató al gato, me muevo muy despacio sin ruido hacia un grupo de árboles q hay más adelante a un costado de la ruta.

La melodía es más intensa... pero pero pero.... hay más instrumentos!!! ya no es sólo la guitarra. No soy un entendido en esto de reconocer las melodías...pero esto se parece a un blues... de los antiguos, eso q se escuchaba

hace unos 70, 80 años atrás... Llego al montecito y veo. Y no lo puedo creer!!! Un viejo en una piedra grande sentado con la guitarra, y varios otros ...hombres, mujeres - apenas recortadas sus siluetas - dispersos pero cercanos y cada uno cerca de su vehículo y con algo en las manos. No hablan. El de la guitarra sigue tocando, pero ahora se fueron sumando otros instrumentos. Maravilla del cielo !!! nunca imaginé algo como esto, y eso q vivo de inventar cosas.... Es un concierto... Una zapada!!!!!! eso sí lo reconozco y estos tipos son increíbles... mejores q lo mejor q vi sobre un escenario !

Me quedé unas horas mientras amanecía, disfrutando de algo excepcional. Increíble. Se reunió un grupo de más de diez personas-músicos : guitarras, bajos, armónicas, algún teclado, percusión.... sin dirigirse la palabra, sin director, sumándose a medida q llegaban... lo mejor que escuché en mi vida. Por puro respeto nomás, más silencioso que un felino me fui yendo hacia mi inútil auto. Y le agradecí a la vida, esta causalidad, que me permitió conocer lo que escuchan los dioses....

Ya de vuelta en la redacción, escribo y cuento. Y como era de esperarse, nadie me cree.



Al terminar de leerlo se frotó la cara y volvió a tomar un buen trago de whisky. Se levantó de la silla y comenzó a caminar por la sala. Abrió la ventana. Bourbon seguía ronroneando, aunque pocos quedaban en pie y muchos bares estaban con las puertas cerradas. La noche se estaba muriendo...

Dion sintió una rara emoción, mezcla de nerviosismo y alegría. Esa sensación de saber que algo bueno pasaría. Volver a creer que los vientos cambiarían para empujar su barco hacia Polaris. Pudo notar que su cuerpo cambiaba de temperatura, consecuencia inmediata de un disparo de adrenalina.

Sentir su sangre fluyendo con más potencia como si una gran bomba hidráulica se hubiera puesto a funcionar después de mucho tiempo.

Una estampida de recuerdos ocupó su mente.

Recordó la primera vez que se reunió con otros como él en un lugar muy especial al norte de Chile. Aquel encuentro se realizó en el Pukará de Quito, en la entrada a unos de los lugares más áridos del mundo: el desierto de Atacama. Un lugar único, alejado de todo. No supo quién lo había organizado.

Dion se encontraba en Sudamérica esos días y le había llegado la noticia de que centinelas y algunos otros llevarían sus instrumentos para realizar lo que a lo largo de siglos habían llamado algo así como los “Conciertos de los Portales”. Comenzaron en algún lapso del medioevo como una simple reunión de algunos centinelas que compartían la pasión por la música. Así se crearon estos grupos de afinidad. Se reunían en lugares a cielo abierto, comenzando exactamente a la medianoche. No había nada programado, nada ensayado. Simplemente era una reunión de gente que compartían el amor por la música, al arte creado por las musas. Los integrantes a veces ni se conocían. Llegaban al lugar pactado llevando cada uno su instrumento, y otros simplemente su garganta. Nadie dirigía la sesión, no había una partitura, nada. Una simple zapada. Alguno comenzaba a tocar, luego el resto se acoplaba, otro cantaba en lenguas extrañas, nada ni nadie interrumpía la ejecución de esa música. El concierto finalizaba con el primer rayo de sol. Luego cada uno recogía lo suyo, y se marchaba por el mismo lugar de donde había llegado. Nadie hablaba con nadie. Ni se saludaban. Nadie preguntaba por el nombre del otro. No era algo que se había estipulado como una regla, ni había un código. Simplemente se hacía así. Lo que hablaba era la música. Nunca se llevaron registros de estos conciertos. Lo que allí se ejecutaba era para el propio placer de los integrantes, o como dijera el autor de la nota del blog, para que escucharan los dioses. Dion había oído una historia hace mucho tiempo que en esas reuniones medievales llevaban laudes, tambores, viejos instrumentos de cuerda y flautas. Las leyendas hablaban de un flautista que siempre iba a esos conciertos del Portal. Uno de los hermanos Grimm le había contado que era el mismo músico que las

leyendas alemanas lo habían bautizado como El Cazador de Ratas y que luego con su hermano lo inmortalizaran en un cuento que llamaron El Flautista de Hamelin.

Cuando a Dion le llegó la invitación solo le dijeron “ven al concierto del portal en Pukará de Quito”. Era una noche de la primavera durante los años ochenta del siglo XIX. Dion había llevado una guitarra española. Allí fue la primera vez que formó parte de este rito dedicado a los dioses de la música. Guitarras, violines, tambores. Dion observaba a sus compañeros bajo la luz de la luna. También se sintió observado. Quizás él no era el único que se reunía por primera vez. Lo tentaba la curiosidad de saber sobre la vida de los otros. Luego de unos minutos se conectó con las seis cuerdas de su guitarra y se concentró en la música que fluía casi de forma mágica entre los integrantes de aquella noche. Cuando el primer rayo de sol asomó por detrás de la montaña, cada uno subió a su caballo y encaminaron el regreso. Dion vio que todos tomaban un rumbo diferente. Él se quedó solo entre las ruinas del pukará hasta bien entrada la mañana para luego colgar su guitarra, acomodarse el sombrero, montar su caballo y volver al Perú.

La última vez que acudió a uno de estos conciertos fue una noche de rock y blues. Había sido en la Patagonia, cerca del bosque petrificado. Era una calurosa noche en el verano de 1973. Dion llegó en moto, como la mayoría de los nueve que esa noche integraron esa magnífica banda. Uno llevó un viejo Jeep donde cargaba su batería. Conectaron sus instrumentos eléctricos a unos simples amplificadores y fue Dion que comenzó a tocar su guitarra justo a medianoche. Fue un riff improvisado, luego se unieron todos los demás. De un rock suave, pasaron al blues, y durante horas nadie dejó de tocar.

Su vida en Japón y las navegaciones en el Horus lo alejaron de esos encuentros.

La nota que acababa de leer en el blog de Ojeda fue tal cual lo que había vivido esa noche en la Patagonia. Tienen que ser ellos dijo en voz baja mirando a los pocos que aun caminaban por Bourbon Street.

Volvió a su notebook. La alegría se tornó ansiedad por conocer todo. Quería leer más y saber quién era el autor. La información en el blog lo ayudó. El autor se llamaba Iván Ojeda, de nacionalidad argentina, de ocupación periodista en un importante diario de Buenos Aires. Siguió googleando sobre Iván. Descubrió que publicaba columnas semanales sobre temática de interés general, tanto en el diario de papel como en la página digital. Como una actividad paralela, Ojeda había creado ese blog, pero sólo para narrar esas historias fuera de lo común al que tituló Raros Encuentros.

—Este tipo conoce a la gente que yo necesito encontrar.

Dion no tenía apuro. Aún le quedaban un par de décadas por delante. Sabía que el poder de las semillas seguía activo. Pero las semillas las había perdido. El blog de Ojeda le indicaba por dónde debía comenzar la búsqueda. Una sonrisa se dibujaba en su rostro.

Hizo click con el mouse para seguir leyendo. Mientras lo hacía, el viejo navegante griego preparaba mentalmente su próximo destino: llegar al puerto de Buenos Aires.



Fin

Libro de Dion